

Estructura dinámica de la conversión Reflexión sobre Hch 2,38-39 *

«Ecclesia semper reformanda». Aunque originariamente de carácter polémico¹, esta expresión encierra un profundo sentido teológico; y revela, al mismo tiempo, una penetrante intuición de la naturaleza de la Iglesia. Lástima que el polvo de los últimos siglos se haya ido acumulando sobre frases como ésta, y las haya relegado al olvido más despreocupado, o las haya condenado a bandera de fanáticas discusiones confesionales. Hemos tenido que esperar hasta hace un puñado de años, cuando el Concilio Vaticano II acuñó una expresión semejante: «Ecclesia... sancta simul et semper purificanda»².

Con todo, la realidad permanece; una realidad histórica y existencial. Histórica, porque la palabra «Reforma» cuenta con una historia bien larga: desde las primeras generaciones cristianas, pasando por la Reforma protestante y la Contrarreforma, hasta los recientes documentos del Concilio Vaticano II. Y realidad existencial, porque la experiencia cotidiana —como individuos y como sociedad— pone de manifiesto nuestra radical limitación.

Por eso, la llamada a la «conversión» no es sólo una exigencia clave de la parénesis profética en el A. T., ni el rasgo caracteris-

* Este artículo reproduce, ligeramente retocada, una ponencia presentada en Venecia el 22 de abril de 1977, con ocasión de un encuentro ecuménico organizado por el Secretario para la Unión de los Cristianos.

¹ Esta fórmula, que había de incidir profundamente en la ulterior teología protestante, parece que hay que atribuirla al calvinista holandés G. Voetius, con motivo del Sínodo de Dordrecht (1618-1619). Cfr. Y. M. CONGAR, «Die Wesenseigenschaften der Kirche», en *Mysterium Salutis*, IV/1, Einsiedeln-Zürich-Köln 1972, p. 473.

² Constitución dogmática sobre la Iglesia «Lumen gentium», I, 8; cfr. Decreto sobre el Ecumenismo «Unitatis redintegratio», II, 6-7.

tico de la predicación de Juan Bautista en los albores del N. T. La «conversión» es una especie de pedal mantenido, que resuena en toda la predicación de Jesús. Y la palabra apostólica recoge esta herencia del Maestro y la proyecta sobre la vida naciente de la nueva comunidad. La «conversión» queda, de esta manera, englobada en el proceso dinámico de formación y de crecimiento eclesial.

Estudiar ese dinamismo, y sorprenderlo precisamente en su nacimiento, es el objetivo fundamental del presente artículo.

Voy a dividir la exposición en tres partes. Empezaré por lo que considero el esquema fundamental de la conversión, plasmado en Hch 2,38-39; un esquema esencialmente dinámico y generativo. En una segunda parte intentaré analizar cada uno de los tres momentos del esquema inicial, vistos en su funcionamiento dinámico. Y quisiera terminar con una síntesis de la conversión y reconciliación, como magnitudes esencialmente eclesiales.

I. ESQUEMA FUNDAMENTAL DE LA CONVERSION

El discurso de Pedro el día de Pentecostés (Hch 2,14-36)³ —primera proclamación solemne y pública del misterio de Cristo— se cierra con una peroración breve, concentrada, incisiva (v. 36). Una sintética referencia al exordio, y la típica bipartición retórica en «recapitulación» y «provocación afectiva».

Esta última frase del discurso, binaria en su contenido, lo es también en su estructura formal. La bina «Señor y Mesías» recapitula el núcleo de la proclamación kerigmática, en decidida correspondencia inversa con el «Mesías» de la Resurrección (v. 31) y con el más cercano «Señor» de la exaltación (v. 34). Ese núcleo del kerigma es una pura actuación de Dios en Jesús; la acción de Dios queda subrayada por un categórico *epoiēsen*. A esta actuación de Dios se opone vigorosamente, sin reticencias ni conformismos, la actuación judía. La estructura quiástica de la frase confiere su dramatismo a esta dialéctica de actuación:

<i>epoiēsen</i>	X	<i>ho Theós</i>
<i>hymeīs</i>	X	<i>estaurōsate</i>

³ Un análisis exhaustivo del discurso y su contexto puede encontrarse en D. MÍNGUEZ, *Pentecostés. Ensayo de Semiótica narrativa en Hch 2* (Analecta Bíblica 75), Roma 1976, pp. 41-56, 63-70.

Y como sujeto central hacia el que todo converge, resuena el nombre de Jesús.

La proclamación propiamente dicha se acaba aquí; pero sin cerrarse en sí misma, sino abriéndose a una nueva actuación, a un cambio de mentalidad en los oyentes. El *epoiēsen* de Dios (v. 36) se repite en el *poiēsōmen* de la pregunta comunitaria (v. 37b), estableciendo una continuidad. Y la pregunta por el «quehacer» práctico recibe, por parte de Pedro, una respuesta en tres miembros:

metanoēsate — baptisthētō — lēmpsesthe

Me parece que no se puede encontrar —al menos en el libro de los Hechos— una fórmula mejor para expresar esquemáticamente el proceso de la conversión. El punto de partida es la toma de conciencia de la vieja y pecadora mentalidad que nos anima, y el cambio radical que comporta esa constatación. Pero no todo puede quedar en un nivel abstracto de pensamiento, de conciencia, de mentalidad. La radicalidad del cambio impone una actuación práctica, tangible, personal: el bautismo en el nombre de Jesucristo, con todo su despliegue simbólico de purificación que borra el viejo pecado, que instaura la regeneración de la nueva existencia, de la consagración personal a una persona, Jesucristo. Por último, este cambio, esta regeneración, no se debe a un proceso automático, evolutivo, determinístico; es más bien el ámbito en que actúa una fuerza superior que sobreviene como invasión incontentible y como don inmerecido: la donación del Espíritu Santo.

Pero si nos quedamos únicamente en los momentos —aunque capitales— del esquema, sin apreciar la correlación dinámica que los impulsa; si no rebasamos la mera tríada de situaciones, intentando penetrar el dinamismo fecundo que engendra la sucesividad, no podremos comprender la profundidad existencial del proceso de la conversión. Por eso, una vez establecido el esquema, tenemos que verlo en acción, en funcionamiento dinámico.

Al examinar de cerca esta tríada, lo primero que se advierte es el movimiento expansivo interno. El primer imperativo: «arrepentíos» es incisivo, perentorio, general y universalizante. El segundo: «bautizaos» se particulariza individualmente en «cada uno de vosotros» y se alarga recensionando el carácter del bautismo «en el nombre de Jesucristo», y la finalidad a que se ordena: «para la remisión de vuestros pecados». El tercer miembro reviste un

carácter diferente. Cesa el apremio de los imperativos, para dar paso a un futuro de promesa. La expansión interna pasa revista a una sucesión de generaciones futuras, que engloba no sólo la nación judía («vosotros y vuestros hijos»), sino toda la gentilidad («para todos los lejanos»), bajo el signo de la promesa y de la llamada de nuestro Dios. Por otra parte, cobra relevancia capital el centro de donde procede la fuerza expansiva: el Espíritu Santo. La bina de imperativos más el futuro convergen hacia ese «don del Espíritu Santo», fruto de la promesa y origen del triple movimiento expansivo de las generaciones.

De esta manera aparece claro el dinamismo generativo del esquema de la conversión. Todo el movimiento brota de la palabra proclamatoria de Pedro —acogida no en una escucha neutra, sino en clima de conmoción existencial (v. 37a)— y de la «donación» del Espíritu «prometido», pasando por el agua del bautismo. Nace así una triple oleada de generaciones regeneradas —«vosotros, vuestros hijos, las lejanías de la gentilidad»— que más tarde se concretará como una comunidad de fe: «los creyentes» (Hch 2,44). Pero, como siempre en Hechos, se trata de una comunidad a medio hacer, en continuo crecimiento (cfr. 2,47). Y esa expansión ininterrumpida va a dar lugar ulteriormente a una caracterización típica, a un símbolo expresivo de la nueva comunidad: el «camino» (Hch 9,2; 13,10; 16,17; 18,25.26; 19,9.23; 22,4; 24,14.22). Un camino ya señalado en la sucesión triádica del proceso de la conversión: «arrepentíos-bautizáis-recibiréis», y plasmado sintéticamente en una frase complexiva: *epistréfein eis ton Theón*, que rebasa el horizonte de Hch 2,38-39 (cfr. Hch 3,19; 9,35; 11,21; 14,15; 15,19; 26,18.20; 28,27).

II. FUNCIONAMIENTO DINAMICO DEL ESQUEMA DE LA CONVERSION

Precisamente el carácter dinámico de la última frase —«volverse hacia Dios, hacia el Señor» (=convertirse)— es el que marca la orientación de esta segunda parte. Me voy a detener un momento para hacer un par de reflexiones sobre esta frase sintética; luego pasaré a analizar el movimiento interno que caracteriza cada uno de los tres momentos del esquema genérico.

1. *Epistréfein eis tòn Theón / Kýrion* ⁴

Esta expresión neotestamentaria no es una acuñación original. En realidad, no es más que un calco del *šub* veterotestamentario, que recoge el movimiento de conversión a YHWH y se refracta en expresiones diversas: «Buscar al Señor, buscar el rostro de Dios; servir al Señor; apartarse de los ídolos, apartarse del mal camino; responder al Señor, escuchar su voz; volver al esposo, a la casa paterna; reconocer al Señor; restaurar la alianza; etc.»

Por otra parte, el dinamismo de la expresión encierra un doble movimiento. El «camino de vuelta» hacia el Señor supone un «camino de ida» hacia el mal; camino que hay que abandonar, camino del que hay que apartarse, camino que hay que desandar ⁵. Los LXX —y por su medio el N. T.— recogen esta duplicidad en la bina *apostréfein / epistréfein*.

El «apartarse» (*apostréfein*) implica una concepción dinámica del mal, del pecado. La parénesis profética insiste en apartarse del mal camino; porque el pecado es «alejamiento, descarrío, dirección sin rumbo, es un comportamiento, una «conducta» que conduce a la perdición». El «volver» (*epistréfein*) es desandar ese camino del mal para entrar por el camino del Señor; es acercarse, orientarse, emprender una «conducta» que lleva a Dios, que conduce al Señor Jesús.

Y, finalmente, ese camino de vuelta desemboca en un remanso: la «reconciliación». Pero una reconciliación que no consiste en un acto aislado y pasajero, aunque decisivo, sino en una actitud permanente y perseverante, que el libro de Hechos caracteriza como *proskartereîn* y *prosménein* ⁶.

2. DINÁMICA DE LA CONVERSIÓN

El carácter dinámico del proceso de conversión, sintéticamente manifestado en la frase *epistréfein eis ton Theón*, depende en definitiva del dinamismo que alienta a cada uno de los términos de este proceso. Por eso ahora voy a pasar revista a los tres elemen-

⁴ Cfr. J. DUPONT, «Repentir et conversion d'après les Actes des Apôtres», en *Etudes sur les Actes des Apôtres* (Lectio divina 45), París, 1967, páginas 421-432.

⁵ Este doble movimiento aparece perfectamente ilustrado en la parábola del «hijo perdido y encontrado» (Lc 15,11-32).

⁶ Hch 2,42.46; 6,4; 8,13; cfr. Rm 12,2; Col 4,2; Ef 6,18; Hch 11,23; 13,43.

tos del esquema fundamental, en orden a individuar el movimiento interno que los anima.

a) *El «cambio» del metanoeîn: arrepentirse*

En esta palabra se concentra todo el aspecto antropológico de la conversión. Es el primer paso, en el que el hombre se juega su suerte. Se trata, ante todo, de una toma de conciencia, de una mentalidad, de un reconocer el estado en el que el hombre se encuentra, el camino desviado que sigue. Y, después, el cambio de actitud que implica ese reconocimiento, el nuevo enfoque de la mentalidad humana que exige una postura nueva.

Por eso, la génesis del arrepentimiento (*metánoia*) habrá que situarla en la conciencia de pecado en la que el hombre se mueve. La parénesis apostólica —sobre todo, en el libro de los Hechos— trata de provocar esa conciencia de pecado, tanto en los oyentes judíos como en los paganos. En los judíos el pecado consiste en el rechazo total, y aun asesino, del enviado por Dios como Mesías⁷; en los paganos el pecado es un desconocimiento radical del verdadero Dios, que lleva a destruir su grandeza inaccesible reduciéndola a la materialidad limitada y ridícula de los ídolos⁸. En resumen, el pecado radica en un desconocimiento de la auténtica actuación de Dios en la historia humana.

De esta conciencia de actitud errónea, y a través de una verdadera «contrición» —el *katenygesan ten kardian* de Hch 2,37a—, tiene que brotar el cambio. El desconocimiento de Dios tiene que doler, para cambiarse en reconocimiento, y la ceguera para transformarse en visión; el alejamiento tiene que traspasar el corazón, para poder desembocar en encuentro con Dios. Este último dato es precisamente el que mejor caracteriza el arrepentimiento: ir al encuentro de Dios. Pero no de un Dios lejano y apático, sino de un Dios que viene a nuestro encuentro, que él mismo da el primer paso hacia nuestra condición enviando a su Hijo, resucitándole y exaltándole, y que sigue viniendo en la continua actuación del Espíritu. Un Dios que nos abre el acceso a su paternidad, por medio de su enviado, de su Hijo, en la perenne acción de su Espíritu.

Con todo, esa venida de Dios al encuentro del hombre pecador, esa actuación de Dios en la historia, cuyo reconocimiento provoca en el hombre un lanzarse al encuentro de Dios que viene, no es

⁷ Es ésta una constante de los discursos de Hch: 2,23; 3,13-15.17; 4,10-11; 5,30; 7,51-53; 10,39; 13,27-29; cfr. 13,46; 18,6; 28,25-28.

⁸ Cfr. Hch 14,15; 17,22-31; 19,26-27.

aún definitiva, sino que se encarna en la maduración del proceso histórico. Dios está siempre viniendo, hasta la consumación definitiva. Por eso, el caminar humano hacia el encuentro absoluto con Dios está marcado por una radical «esperanza» y por una progresiva «alegría del encuentro», hasta que desaparezcan todas las distancias y llegue la consumación, cuando Dios será «todo-entodos».

Precisamente el carácter de «encuentro con Dios» es lo que confiere al arrepentimiento su nota fundamental. Es un intercambio de amor y por amor⁹. Amor del Dios misericordioso, fiel a la Alianza, Padre que se desvela por sus hijos, que los ama con amor de esposo y de madre. Amor del hombre que llega a reconocer ese amoroso salir de sí de Dios, que acepta el restablecimiento del vínculo de alianza, que corre hacia la casa del Padre. Y amor, finalmente, difusivo y expansivo, que abraza a todos los hijos dispersos y los convoca a la gran fiesta familiar, al gran banquete de la alegría.

Este es, a mi juicio, el dinamismo interno que bulle en la palabra *metanoëin*, como primer paso del esquema de conversión.

b) *La regeneración bautismal*

Dentro del proceso de conversión total —retorno decidido y absoluto al servicio de Dios— el arrepentimiento no es más que un primer paso, aunque fundamental. El sello y la manifestación de este cambio de mentalidad están representados por un estadio ulterior: «El bautismo, invocando el Nombre del Señor Jesús, en orden a la remisión del pecado.» Conviene distinguir en este segundo paso los tres elementos que lo constituyen; todos ellos altamente significativos.

En primer lugar, el bautismo. Es bien conocida toda la simbología del agua en su vertiente de elemento purificador y generador de vida, y en la categoría opuesta de elemento destructor. Esta duplicidad intrínseca ha engendrado en la Historia de las Religiones toda una tipología, que se refleja en el rito cristiano del bautismo. El diluvio y el Mar Rojo destruyen a los malvados y salvan a los elegidos, creando una nueva humanidad y un nuevo pueblo; la pureza y santidad del culto exige una serie de abluciones rituales, que purifiquen al hombre de su radical impureza.

⁹ La narración lucana de la conversión de la pecadora (Lc 7,36-50) tipifica de manera espléndida el papel que desempeña el amor en todo este proceso.

Trascendiendo el puro rito y haciendo más denso el simbolismo, Pablo presenta el bautismo cristiano como una inmersión en la muerte de Cristo, purificadora del pecado, y una emersión con Cristo resucitado, generadora de una vida nueva. Salta a la vista el dinamismo profundo del rito bautismal en su oposición intrínseca entre destrucción de impureza y generación de vida ¹⁰.

Pero el bautismo cristiano no puede quedar encasillado en un puro rito; ni siquiera en un «bautismo de arrepentimiento», como el proclamado por Juan Bautista. La significación cobra una perspectiva más amplia al entrar en acción «la invocación del Nombre de Jesús» ¹¹. El rito queda superado por la presencia de una verdadera profesión de fe, que entraña una consagración existencial a la Persona de Jesús, aclamado y reconocido como «Señor» resucitado y exaltado.

Y, por último, el compromiso que comporta la adhesión de fe al Señor Jesús ratifica el cambio de mentalidad y lo transforma en una auténtica remisión del pecado. El simbolismo de purificación y regeneración, y la consagración personal a la Persona de Jesús Señor, se anudan en la remisión del pecado, introduciendo así un nuevo simbolismo —*áfesis* y *hamartía* son eminentemente simbólicos ¹²— que confiere al bautismo su densidad de significación cristiana.

c) *El don del Espíritu*

El dinamismo que encierra el bautismo como regeneración, como consagración de fe y como remisión del pecado, no se explica sin la actuación de una fuerza que, con su impulso, lleve a su consumación todo el proceso de conversión. Y esta fuerza no puede ser otra que el Espíritu Santo, promesa del Padre, don de Cristo, aliento generativo ¹³. Por eso, la predicación de Juan Bautista apun-

¹⁰ Una de las más bellas expresiones artísticas de este simbolismo es indudablemente el Baptisterio de la Basílica de S. Juan de Letrán: Gradas que *descienden* hacia la *piscina* circular central y que *ascienden* hacia el altar de fondo, símbolo de la celebración eucarística.

¹¹ El sentido de «invocación del nombre» está indudablemente presente en la fórmula dinámica *epi tōi onōmati*; mientras que la otra alternativa *en tōi onōmati*, más estática, subraya el aspecto de nueva vida regenerada y de inserción en la misma vida de Cristo resucitado.

¹² Cfr. P. RICOEUR, *Finitude et culpabilité II: La symbolique du mal*, París 1960, pp. 31-98.

¹³ Es interesante constatar que en Hechos *dýnamis* y *pneūma* son conceptos tan correlacionados, que en muchos casos resultan prácticamente intercambiables. (Cfr. 1,8; 4,33; 6,8; 10,38.)

ta hacia un nuevo bautismo «con Espíritu Santo y fuego»; y en el bautismo por excelencia, el de Jesús de Nazaret, el Espíritu baja sobre El consagrándole y manifestándole como Hijo del Padre. Desde esta perspectiva, no es de extrañar que el proceso de la conversión culmine en el don del Espíritu, tercer elemento del esquema fundamental.

Ya en el A. T. aparece la «promesa» del Espíritu en relación con el cambio, con la transformación del «corazón de piedra» en «corazón de carne» y del camino perverso en camino según los preceptos del Señor. El Espíritu revolotea sobre las aguas primordiales, generadoras de la Creación. El Espíritu transforma a hombres del pueblo en jueces, reyes, profetas elegidos¹⁴.

Y la figura se hace realidad, la promesa se convierte en cumplimiento pleno. Jesús de Nazaret, lleno del Espíritu desde su concepción, consagrado por el Espíritu en su bautismo, triunfador de los «espíritus inmundos», nuevo Adán hecho espíritu que da vida, puede prometer y comunicar el don de una plena efusión del Espíritu, que inaugura la nueva época escatológica¹⁵.

Y de esa efusión del Espíritu pentecostal nace una nueva comunidad, en la que el Espíritu es la fuerza que consagra a los testigos e impulsa su testimonio hasta los últimos confines de la tierra. La acción del Espíritu inaugura invariablemente la expansión de las nuevas comunidades, orienta la actuación de los enviados, corrobora las decisiones de los responsables y crea continuamente una atmósfera de unidad, consolación y alegría¹⁶.

Si en algún momento se puede apreciar el dinamismo del esquema de conversión, nunca mejor que en este último estadio que corona todo el proceso con la plenitud del don del Espíritu.

¹⁴ Cfr. Ez 36,25-28, donde —aunque en distinto orden— aparecen los tres elementos del esquema que vengo desarrollando: efusión de agua purificadora, transformación del corazón, promesa del Espíritu. Cfr., igualmente, Gn 1,2; 2,7; Sal 104,30; Ez 37,1-14; Nm 11,29; Jue 3,10; 6,34; 11,29; 14,6.19; 15,14; 1Sm 16,13; Is 42,1; 44,3; Ez 2,2; 3,13-14.

¹⁵ Se podría apuntar aquí la hiriente dialéctica entre *pneūma hágion* y *pneūmata akátharta*, que constituye uno de los rasgos característicos de la teología lucana. Cfr., además, Hch 10,38; 1Cor 15,45; Hch 2,17.

¹⁶ Cfr. Hch 1,8; 2,4.33.42-47; 8,17.29; 9,31; 10,44; 13,2; 15,28; 16,6.7; 19,6; 20,23.28; 21,11; 28,25.

III. CONVERSION Y RECONCILIACION COMO MAGNITUDES ECLESIALES

Tal vez las páginas anteriores, al insistir en el aspecto antropológico, en la consagración existencial y en el encuentro personal, hayan podido dar la impresión de que la conversión es una magnitud fundamentalmente individualista. Pues no; todo lo contrario. Esto es lo que quiero subrayar en las últimas reflexiones de esta conferencia¹⁷.

Y empiezo por el pecado. La conciencia de pecado, precisamente por su intrínseco carácter antropológico, revela una dimensión tan colectiva que ha provocado toda una corriente de reflexión regresiva hasta encontrar en los orígenes de la humanidad la raíz de esta amarga experiencia de todo hombre. Es la concepción de un pecado original, que se transmite de generación en generación, radicado en la misma naturaleza humana¹⁸. Y cuando el israelita se siente y se confiesa pecador, es porque ha sido infiel a la alianza que Dios estableció con su pueblo elegido, y porque se considera heredero del pueblo de dura cerviz, del pueblo de labios impuros y de ojos ciegos para reconocer la actuación histórica de Dios. Por eso mismo, en la vertiente opuesta —arrepentimiento— tanto las requisitorias proféticas como las liturgias penitenciales y los ritos de expiación hacen eco a este carácter esencialmente comunitario. Los gritos, la humillación y las reflexiones del salmista individual han quedado absorbidas por la comunidad entera como expresión de conciencia comunitaria de pecado y de vuelta colectiva al Dios del pueblo. Y esta línea resuena en el N. T. Juan administra a todo el pueblo un bautismo de penitencia. Jesús ha venido a salvar a los pecadores y a quitar el pecado del mundo, porque era necesario que uno muriese por los pecados del pueblo. La parénesis apostólica pone de relieve tanto el pecado colectivo de los judíos como el pecado también colectivo de los gentiles, porque todos hemos pecado y somos hijos de ira, contaminando no sólo nuestra naturaleza, sino la misma creación. Y así, también el mensaje de arrepentimiento es colectivo, y la aceptación es co-

¹⁷ Sería muy fácil llenar unas cuantas páginas de citas del AT y del NT, como base de estas reflexiones. El lector familiarizado con la Escritura percibirá fácilmente el eco de las citas y podrá suplir en sintonía sintética la falta de promenores detallistas.

¹⁸ Cfr. P. RICOEUR, *La symbolique du mal*, pp. 218-260. Y, además: «Le péché originel: étude de signification», en *Le conflit des interprétations, Essais d'herméneutique*, París 1969, pp. 265-282.

munitaria, y nace un nuevo pueblo de redimidos y santificados, una comunidad de Salvación.

Pero probablemente donde más se manifiesta la dimensión comunitaria es en el bautismo. A ello apunta la tipología veterotestamentaria, que hace renacer una nueva humanidad de las aguas del diluvio y un nuevo pueblo de las olas del Mar Rojo. En ese mismo sentido suena la proclamación de Jesús como Hijo, precisamente en su bautismo¹⁹. La comunidad nueva nace del bautismo de Pentecostés; y es el bautismo el que sella la aparición de las diversas comunidades en el libro de los Hechos. La reflexión paulina lleva a su ápice esta significación, al ver en el bautismo la radical incorporación a Cristo resucitado, Cabeza de la nueva humanidad; una incorporación que se concibe gráficamente como un revestirse de Cristo, revestirse del hombre nuevo, dando origen a una nueva creatura a imagen de Dios. De esta manera, los bautizados, unidos a Cristo, constituyen la verdadera familia del Padre, animada por el Espíritu.

«Un solo Cuerpo y un solo Espíritu.» La formulación paulina es bien apretada, pero de una densidad inagotable. Donde hay Espíritu, hay brote de comunidad eclesial. La primera célula de la Iglesia nace precisamente del Espíritu derramado en Pentecostés; y el sucesivo florecimiento de comunidades está invariablemente marcado por una actuación del Espíritu. Y en el continuo caminar de la comunidad eclesial —que en Hechos recibe el nombre de «Camino»— no pueden faltar ni el impulso ni el vínculo de unidad, que es el Espíritu. Así, el crecimiento del cuerpo, la edificación progresiva del templo, la maduración de la fe, la comunicación con el Padre —¡Abba!—, la «koinonia» fraterna y el supremo carisma del amor, son esencialmente manifestaciones del único Espíritu, generador de una vida nueva en Cristo, y motor de nuestro acceso al Padre.

CONCLUSIÓN

Esta llegada a la casa del Padre es la meta de todo el proceso de conversión y donde adquieren su máxima coherencia todos los

¹⁹ Para apreciar el aspecto comunitario tanto de la proclamación como de las circunstancias que rodean el bautismo de Jesús, según Lucas (Lc 3,21-22), me remito a la amplia exposición de I. DE LA POTTERIE, *Excerpta exegetica ex Evangelio Sti. Lucae* (Annotationes privatae in usum alumnorum PIB), Romae 1963-1964, pp. 76-97.

elementos del esquema en su funcionamiento dinámico. Lo cual confiere a la conversión una dimensión esencialmente trinitaria.

El «arrepentimiento» (*metanoēin*) consiste en cambiar de camino, en apartarse del alejamiento para retornar a la casa del Padre. Igualmente, el «bautismo» (*baptizesthai*) significa la muerte al camino de pecado para inaugurar una nueva vida de inserción y consagración a Cristo. Y, finalmente, el «don» del Espíritu recibido (*lambánein*) es la fuerza generadora e incansablemente actuante, que impulsa el caminar cristiano por el auténtico «camino» que es la Iglesia de Dios.

DIONISIO MÍNGUEZ, S. J.

Instituto Bíblico
Roma.